

Y siguió barriendo...

Por Fructuoso Mangas Ramos, Salamanca

Juan José Jiménez Lobato no ha hecho otra cosa, aunque sí sabría hacer cosas varias y diferentes. Pero durante veinte años nunca pudo hacer la prueba de si era capaz de otros trabajos y por eso nunca había podido probarlo ni ante él ni ante su familia ni ante la sociedad. Era un donnadie y eso también lo sabía.

Dejó la escuela a destiempo y lo que sabía de la vida y del mundo lo aprendió de mala manera en la calle; una calle estrecha porque se limitaba a su gente sin abrirse a nadie más. Lo que no era su calle era hostil, desconocido y poderoso.

A los catorce años ya iba con su padre recogiendo hierros, cables y cualquier chatarra. Era chatarrero, bueno ayudante de chatarrero. No le daba vergüenza pero sabía que estaba al final de la fila de cuantos se cruzaban con su carro y su mulo. Eran los años ochenta en Salamanca.

Apenas sacaban dinero para sobrevivir y no se imaginaba siquiera lo que sería trabajar por un sueldo sin pensar en más. Algo de esto intuía cada año cuando se iban a la sardina a Santoña y por quince días de trabajo total, a días casi hasta de noche, traían dinero para medio año.

Se casó apenas sin ceremonia de nada y sin juzgado, claro, y se encontró con tres niños casi sin pararse a nada. Y al nacer el tercero su padre le cedió el carro y el mulo. Por fin era independiente y tenía lo que había deseado muchas veces.

Pero la chatarra iba disminuyendo, apenas daba para sobrevivir. Por eso intentó transportar escombros de pequeñas obras de reforma o llevar muebles de algún cambio de domicilio de medio pelo, con aquella furgoneta de tercera mano que conducía a escondidas y sin permiso. Pero suponía todo el día en la calle, buscando, y a veces volver a casa sin nada. Y por primera vez se sintió humillado en un trabajo que nadie querría, recogiendo lo que otros tiraban o prestándose a lo que fuera por una miseria de cinco euros. Nunca lo había tenido tan claro, aquel trabajo era una indecencia y no se lo podía consentir más. Así no se podía vivir y a sus veinticinco años comenzó las clases

para recuperar la lectura y la escritura. Aprendía con rabia y muy rápido, pensando sobre todo en su mujer y en sus hijos que cada día se avergonzaban algo más de aquel trabajo de mierda que no daba para nada.

Y por fin al año siguiente, con cuatro hijos ya, y con muchas cicatrices de miseria y de humillación, se presentó un día para barrendero en la ciudad. Estaba nervioso y sin confianza, se sabía perdedor de salida. Pensó después que alguna buena gente le echó quizás una mano porque no acierta a saber cómo sacó adelante, y tan bien según le dijeron, el ejercicio. Porque lo de una entrevista que le hicieron le quedó bien o eso pensaba.

Y empezó a barrer las calles que tan bien conocía de sus días de chatarrero correcales.. Y no supo si con intención o sin ella pero la primera semana le tocaron las calles de la zona de Fonseca, del Comedor universitario y de San Vicente. En esas calles vivió durante años antes de ir a las caracolas de Tejares y luego al barrio San José. Mientras barría repasaba la buena gente que a lo largo de la vida le echó alguna mano y entre todos acabaron consiguiendo que fuera un hombre con casa, familia y trabajo. Y se sorprendió de su nueva situación. Nunca se había sentido un desgraciado ni siquiera un miserable en una sociedad hostil, se había defendido en sus sentimientos como mejor había podido sin saber cómo. Pero ahora era otra cosa. Unos meses de prueba a la que no tenía miedo alguno y tendría un trabajo seguro y digno a más no poder. De todas formas necesitaba ser listo y hacer bien su trabajo.

A final de mes cobraría el sueldo. No era cuestión de cantidad, es que el hecho en sí le resultaba sorprendente y lo cambiaba todo. Y estaba sobre todo el trabajo, más bien humilde y sencillo pero que para él era como lo más noble del mundo. Un trabajo, una satisfacción como nunca la había sentido, una sensación muy especial de dignidad personal o algo así aunque él no supiera concretarlo y un margen grande de seguridad cada mes, cada año, la vida entera. Era otra persona, respiró hondo y siguió barriendo.